

## Recensiones

F. Briquel-Chatonnet, *Les relations entre cités de la côte phénicienne et les royaumes d'Israël et de Juda* (OLP 46 / StPh XII), Leuven 1992, Departement Oriëntalistiek / Iutgeverij Peeters, 17 x 24,5, pp. 446.

Fruto de una tesis doctoral presentada en 1988 en la Universidad de Paris I, el presente trabajo aborda un tema de gran actualidad en la configuración de la historia antigua de Israel. Después de repasar en la "Introducción" las fuentes documentales y arqueológicas en que se apoyará el estudio, éste queda dividido en cuatro partes que analizan las relaciones e influjos de tipo político-diplomático, comercial, religioso y técnico-artístico que es posible detectar a partir de aquéllas. En principio, en ambas direcciones, pero en realidad, dada la naturaleza de los datos, de Fenicia sobre Israel-Judá. Se trata del estudio de tales relaciones en sí, no como un capítulo de la historia de esos pueblos (p. 4). En esta perspectiva, Fenicia es en realidad Tiro, e ineludiblemente la fuente fundamental la constituirá el relato bíblico que habla de o supone contactos de los reinos hebreos con aquella tasalocracia fenicia. Al ritmo de aquel relato se van suscitando las cuestiones y dándoles respuesta, es decir, interpretándolas, a la luz de los datos que la historiografía oriental proporciona hoy en día. En principio se otorga un voto de confianza histórica a los testimonios bíblicos y a sus fuentes (p. 12, 41) que se considera se remontan como tales a los hechos referidos ("Crónicas" de Salomón, de los reyes de Judá y de los de Israel"). Esta confianza de base en las fuentes no impedirá un enjuiciamiento crítico de las mismas, más acentuado en relación con las "fenicias" (14ss.). Las bíblicas gozan de un mayor crédito y a lo largo del estudio se advertirá un denonado esfuerzo de análisis y abierta discusión crítica de sus relatos con el fin extraer los elementos válidos que aportan: esta postura hermenéutica de básica confianza en los mismos impone una perspectiva "bíblica" irremediable, que puede resultar objetable para más de uno. Un ejemplo claro de su método y resultados se aprecia en el tratamiento de los relatos referentes a los relaciones de David y Salomón con Hiram de Tiro: se reconoce su paralelismo y se admite un proceso de proyección de la tradición del segundo sobre el primero, pero sin negar completamente la posibilidad de algún tipo de contactos de David con el soberano fenicio (pp. 30ss, 35 [conclusión]; cf. Knauf, StPh). Actitud similiar se aprecia a la hora de valorar los límites de la frontera septentrional del reino de David, y más en concreto el territorio de Asher, a partir de Jos 19:24-31, probablemente de época davídica (!) (p. 37). El tema reaparece a propósito de las relaciones entre Salomón y Hiram (pp. 40ss.) y la determinación del famoso territorio de Kabul (pp. 47ss., 245), para el que se sugiere la solución de una posible venta (p. 49). ¿No se tratará simplemente de una nostálgica reivindicación tardía de algo que nunca fue realidad? Su más extrema y chauvinista expresión sería Rey 11:19 (cf. p. 50, n. 119).

Interesante, en cambio, desde el punto de vista formal y material es el análisis de la "alianza" establecida entre ambos monarcas (pp. 40ss.), que señalaría los términos de la mutua interdependencia. Para la autora ésta no implicaría dependencia política alguna de Israel respecto a Fenicia (cf. Knauf, *StPh XI*, p. 167ss.). En mi opinión, con todo, manifiesta excesiva confianza en la historicidad del relato salomónico, en concreto por lo que hace al comercio de productos: todo él es literatura, no sólo su eco en el oráculo de Ezequiel 27:17 (p. 238). Reconocido su carácter como tal, pretender racionalizarlo con razones "objetivas" que avalen la presencia o ausencia de determinados elementos en el recuento no lo creo pertinente ni conclusivo. Tales textos se pueden permitir hablar de "cedros de Tiro", sin mayor precisión, como un tópico literario, aunque de hecho los cedros viniesen de más al norte (pp. 250ss). Lo cual no significa que las elucidaciones lexicográficas que se aportan (p.e. a propósito de *b'rôs* y *'almuggîm / 'algummîm*, pp. 253ss.) estén fuera de lugar.

Después de un periodo de silencio, con la instalación de la dinastía de Omri las fuentes bíblicas (pp. 63ss.) retoman el tema de las relaciones con Fenicia, ahora principalmente a cargo del reino del Norte. La situación es discutida en profundidad: p.e. la identidad de Itobaal, suegro de Achab (p. 64ss.) o los efectivos de las partes enfrentadas en la batalla de Qarqar (80ss.) y su identificación según las fuentes bíblicas y asirias.

En éstos como en sucesivos temas, la información es completísima y el criterio, ponderado y serio, sobre todo en el caso de testimonios extrabíblicos; no se deja llevar por fáciles analogías y deducciones, como en el caso de la identidad del Azriyau de los textos asirios (pp. 145ss), distinto para la autora del homónimo rey de Judá; se mantiene, en cambio, fiel a un biblismo de base, como apuntábamos, a una confianza en la "veracidad-facticidad" última del texto bíblico (véase la defensa decidida de la autenticidad y valor histórico de Am 1:9-10, pp. 132ss; y de Is 7, "contemporáneo de los hechos", p. 156, n. 94).

Esto hace que a veces se "estiren" con exceso los textos en el intento de reconstruir un pasado indefinido y coordinar fuentes. Pero con frecuencia la difícil compaginación de los datos extrabíblicos, generalmente contemporáneos de los hechos mentados, con los bíblicos deja aparecer el carácter "tradicional-redaccional" de éstos. Así, por ejemplo, la enorme confusión que la Biblia nos transmite a propósito de las "guerras arameas" y que la autora tan acertadamente refleja (pp. 91ss.), deja en claro que los Libros de los Reyes, redactados en el siglo IV a.C., son una composición basada en imprecisas y remotas tradiciones orales y que no se apoya en relatos ni documentos coetáneos. Cuando no resultan una mezcla de datos e intención ideológica, como la autora misma constante a propósito de la tradición del rey Manasés de Judá (pp. 300ss.). En general, cabe decir que la "historia" constata "paz", mientras los profetas proclaman "guerra", en las relaciones entre Fenicia e Israel, como señala la autora (p. 378).

Esta postura vuelve a reflejarse en la debatida tradición de las expediciones comerciales a Ofir y Tarsis (pp. 271ss.; añadir, a título informativo, la obra de M. Koch, *Tarshish und Hispanien* [1984]). El carácter secundario de la noticia sobre Tarsis (1 Rey 10:22) lo reconoce la autora (p. 275), mientras la primera se disuelve en una nebulosa de destinos posibles, así como la mención de sus exóticos productos se pierde en la más estricta imprecisión semántica (pp. 277ss.; vd. Lipiński, *BiOr* 45, 1988, 65ss.).

Por otra parte, da la impresión de que la autora asume con demasiada confianza que el "yahwismo" fue la forma religiosa normal del antiguo pueblo hebreo (Israel-Judá) y no más bien una conquista postexílica (una hoja añadida [pp. 291-292] delante del cap. VIII matiza adecuadamente su alcance). Y si esto es así, andar suponiendo "glosas" al texto no parece necesario ni decisivo.

Por otro lado, y como consecuencia de tal presunción, estimo que se pone el acento con exceso en la contraposición Fenicia-Israel y se plantea la "influencia" de aquélla sobre ésta. Pero quizá más que de influencia habría de hablarse de "presencia" o "conciencia", de "comunió"; en suma, de

“herencia” común de las gentes de la zona, que la autora también señala (p. 292): Tiro y Samaría-Jerusalén son dos (/tres) expresiones de un mismo mundo cultural, que las engloba y trasciende. Sólo así se justifica la implicitación constante de elementos que entre líneas la autora está suponiendo en las relaciones generales de las partes (pp. 132ss., 139, 193, 360ss, y lo dicho más abajo sobre el origen “sirio” y “no-fenicio” del templo de Salomón). Esta herencia común no excluye lo específico - Israel no es Fenicia -, como se aprecia en lo peculiar de su escritura, lengua, religión ... Así, los capítulos dedicados a la presencia de los cultos fenicios en Israel (pp. 303ss.) recogen adecuadamente los datos bíblicos, pero chocan con frecuencia con la dificultad de no poder precisar si se trata en ellos de auténticas influencias fenicias / tirias o más generales “sirias”: culto a Baal-Melqart, sacrificio a Molok, institución cultural del *marzeah*. En el caso del citado culto (a) Molok, su origen asirio-araméo, propuesto por la autora, nos parece poco probable como tratamos de demostrar en otro lugar (de paso: la normalización del verbo acadio debería ser *šarāpum*, como las citas aportadas en p. 323 n. 109 evidencian).

La última sección analiza las “influencias” de la cultura “material” fenicia sobre los reinos hebreos (urbanismo, arquitectura, cerámica, marfil) a la luz de los datos arqueológicos (se echan a faltar los trabajos de Stern sobre Dor). Aquella se manifestaría más a nivel de técnicas de ejecución (“albañiles”) que de diseño (“arquitectos”): las construcciones reales “... ont été faits avec technologie phénicienne, mais selon un modèle qui n’était pas phénicien” (p. 349). En concreto, “le temple de Jerusalem n’était pas, autant que l’on puisse en juger, un temple phénicien” (p. 359), sino más bien seguía un clásico modelo sirio, a pesar de que muchos elementos ornamentales y constructivos pueden revelar una influencia “fenicia”.

Dejando de lado las deficiencias en la impresión de vocales y diacríticos en los textos en hebreo, los errores que cabe apreciar son mínimos (corregir *Ḥinnom* / Hinnom, p. 314; *Yarib* / Yašib, p. 330, n. 154). Una rica bibliografía y los oportunos índices y mapas cierran la obra.

En resumen, tenida cuenta de ese enfoque general que puede condicionar de entrada la aceptación de sus resultados, pero que representa una opción hermenéutica legítima y difícilmente rebatible aun cuando no se la comparta, el trabajo es de una seriedad y competencia absolutas. Un punto de referencia definitivo en el tratamiento del tema.

G. del Olmo Lete

V. (A.) Hurowitz, *I Have Built You an Exalted House. Temple Building in the Bible in Light of Mesopotamian and Northwest Semitic Writings* (JSOT Suppl. Series 115 / JSOT-ASOR Monograph Series 5), Sheffield 1992, JSOT Press, 14 x 22, pp. 398.

Fruto de una tesis doctoral defendida en la Universidad Hebrea de Jerusalén a principios de los ochenta, la obra analiza el relato de la “construcción del templo” según el texto bíblico de 1 Rey 5:15-9:25 desde una perspectiva estrictamente morfocrítica. Se mueve así en un nivel de pura estructura de superficie, basándose en el análisis, individuación y coordinación de “motivos y temas”, en la estructura de la forma, en una palabra. Y esto desde un punto de vista histórico general, es decir, dentro de la más pura ortodoxia *formgeschichtliche*. Uno pensaría que este tipo de análisis literario había quedado en nuestros días fuera uso, después del amplio debate y abundante propuesta hermenéutica que nos ha inundado: no aparece en sus páginas, cuerpo y bibliografía, referencia alguna al análisis estilístico, retórico, estructural, semiótico, narratológico, pragmático, contrastivo, perspectivista, etc.

Tenemos sólo morfocrítica pura y dura, en la que recursos como el quiasmo e inclusión (p. 65ss.) adquieren una significación importante como organizadores de la estructura narrativa equilibrada.

Debo reconocer que esta peculiaridad metodológica fue para mí una grata sorpresa que me devolvió a un caro menester de antaño y me proporcionó una enorme satisfacción. La obra resulta de lectura nítida y fácil. El análisis se centra en el texto bíblico citado como unidad descriptiva y trata en primer lugar de descubrir, como tesis por demostrar, su semejanza o dependencia respecto de otros que ofrece la misma Biblia y en especial las literaturas orientales. No interesan al autor los problemas de historicidad ni la reconstrucción de los "realia" que aquél ofrece. Se trata de analizar el relato como "forma literaria" puramente.

En consecuencia, la primera parte de la obra estudia una serie de relatos temáticamente paralelos, en concreto: cinco relatos sumerios y paleobabilónicos de construcción de templos, individuados en inscripciones y composiciones literarias más amplias; cinco relatos más ofrecidos por anales e inscripciones asirias; tres provenientes de inscripciones neobabilónicas, más uno hallado en la mitología mesopotámica (*Enūma Eliš*); del mundo semítico noroccidental se obtienen varias referencias provenientes de inscripciones y un amplio relato ofrecido por la mitología ugarítica (construcción del palacio de Baal). A este material "externo" se juxtaponen los cinco relatos bíblicos: además del mentado de la construcción del templo salomónico, el del tabernáculo y tres más tomados de Esdras-Nehemías relativos a la construcción-reconstrucción del segundo templo y de las murallas de Jerusalén. El análisis de todos estos materiales va guiado por un único empeño: descubrir su forma de composición, así como los esquemas narrativos que la estructuran, y poner de relieve las escenas/motivos y las fórmulas que la integran. El resultado obtenido se resume así: "Comparison of the structures of more than twenty extrabiblical building accounts and four biblical building accounts has shown that there is practically no difference between the biblical accounts and the accounts which have reached us from different areas and different periods. The essential similarity exists despite the composite nature of the biblical accounts and despite certain differences existing within the corpus of extra-biblical accounts itself. As far as the thematic structure of the biblical building stories is concerned, it is possible to state that they are all typical, routine ancient Near Eastern building stories" (p. 126). La consecuencia es inevitable: "The fact that the ancient Near Eastern scribes preferred one fixed formula for writing accounts, despite conceivable alterations and other possible, logical alternatives, indicates that the pattern uncovered above was indeed a scribal convention rehearsing a literary stereotype rather than a habitual adhering to the actual course of events" (p. 128).

La segunda parte de la obra se dedica al análisis pormenorizado del relato bíblico de la construcción del templo salomónico (1 Re 5-9), siguiendo los "pasos", planos o motivos detectados en el esquema formal mentado: 1) decisión de construir e intervención divina y humana en el proyecto; 2) adquisición de materiales para la construcción con las implicaciones de cultura material y de intercambio diplomático que ella supone, puesto que normalmente tales materiales se habían de importar de otros reinos (en este contexto se analiza el intercambio epistolar entre Salomón y Hiram de Tiro; cf. a este propósito la obra de Briquel-Chattonet presentada más arriba); 3) descripción del templo y de su ajuar con el análisis del vocabulario y formulario que implica; 4) dedicación del templo con sus paralelos bíblicos y extrabíblicos y el desarrollo "sacerdotal" del texto; 5) la plegaria de dedicación; 6) respuesta divina con inclusión de bendiciones y maldiciones. Dos capítulos van seguidos de oportunos apéndices que analizan temas concretos (el concepto de *tabnūt*, el uso de "aceite" y "perfumes" y la función de las "puertas" en las ceremonias de dedicación, textos mesopotámicos de dedicación). Un sobrio capítulo de "conclusiones" resume los datos alcanzados: el relato bíblico tiene un modelo mesopotámico claro del que depende, más en concreto asirio del primer milenio, e incluye elementos de otros géneros y documentación. Ofrece, finalmente, diversas alternativas que pudieran explicar la génesis y composición del relato bíblico que desde la que supone una fuerte base documental previa a

la que asume tener en el mismo una mera composición literaria con apariencia documental (por la que el autor deuteronómico "might have wished to achieve a semblance of authenticity by writing such a pseudoepigraphic hotch-potch" [p. 321]), pasando por diversos modos de integración de la documentación en un esquema formal universal. Siete breves apéndices analizan otros tantos motivos literarios conexos con la forma estudiada.

El estudio en su conjunto implica una ineludible redundancia en la múltiple aportación de paralelos. El material estudiado es impresionante (sólo se echa de menos material proveniente de Mari) y confirma hasta la saciedad el carácter "formal" del relato de construcción y sus motivos. Atendiendo a la perspectiva formal desde la que se plantea el estudio, éste resulta ejemplar y altamente enriquecedor. El autor es plenamente consciente de las implicaciones que la relación "forma" e "historia" lleva consigo y aun sin disimular una cierta tendencia hacia la afirmación de la historicidad de base del relato bíblico (compárense p.e. pp. 223 y 320s.), lleva a cabo una clara desmitificación del enfoque "salomónico" del relato y rebaja su redacción a época tardía. Por la riqueza de material aducido y la claridad de planteamiento literario el trabajo resulta altamente encomiable. El autor debe ser felicitado por haber revalorizado un método clásico de análisis que últimamente parecía haber caído en desuso. Su resultado es excelente.

G. del Olmo Lete

S. Lackenbacher, *Le palais sans rival. Le récit de la construction en Assyrie* (Textes à l'appui, Histoire classique). Paris 1990, Editions La découverte, 13,5 x 22, pp. 224 figs. 12.

Con este libro, Sylvie Lackenbacher reemprende el tema de los relatos de construcción asirios que fueron objeto de su tesis doctoral (*Le roi bâtisseur. Les récits de construction assyriens des origines à Teglatphalasar III*, publicada en Éditions Recherche sur les civilisations, Paris 1982) y emprende además lo que se le apuntara en alguna ocasión como su asignatura pendiente, aunque justificada, habida cuenta de la magnitud del corpus resultante: las inscripciones neoasirias. *En revanche* (valga en este caso el galicismo), éstas forman ahora el grupo prioritario de estudio (como pone de manifiesto el propio título) si bien el corpus implicado es de hecho el conjunto total de las inscripciones (reales) asirias. Dado que *Le palais sans rival* es en cierto sentido, como decía, un *remake* de *Le roi bâtisseur* (más completo y profundo como admite la propia autora en la p. 197), no es de extrañar que haya adoptado de forma más o menos idéntica el mismo esquema de trabajo. Éste, desafortunadamente implícito en su nuevo libro pero explícito en el primero (p. 7), sigue, según explicaba S. Lackenbacher, "el plan de una inscripción tipo: presentación del objeto, motivos y medios, trabajos, consagración y fórmula final". Así, tras la introducción, el capítulo inicial "Désignation de l'objet", que corresponde con el contenido de lo que denominaba "L'oeuvre" en *Le roi bâtisseur*, presenta el monumento en cuestión en sus situaciones topográfica y cronológica. La parte siguiente sobre "motivos y medios" está ahora dividida en los capítulos II y III, "Contexte de l'élaboration" y "Moyens de l'élaboration" respectivamente, aunque conservan sin excepción alguna los mismos elementos constituyentes; a saber, por un lado, los motivos técnicos y los móviles religiosos y políticos del monarca y, por otro, los recursos humanos y materiales disponibles. En contrapartida, los apartados relativos a los trabajos y a la consagración del monumento están reunidos en un mismo capítulo (IV) bajo el título "Élaboration et consécration" donde, en efecto, la autora mezcla intencionadamente y, por tanto, no sin cierto riesgo aspectos de ambos procesos; así, el acondicionamiento del terreno, la fundación y construcción,

la provisión de canales y vergeles, la instalación de imágenes o la decoración aparecen en combinación, subrayando así su asociación funcional, con los rituales, cultos y fiestas o la misma deposición de los documentos de fundación. Por último, el capítulo V está dedicado a la fórmula final de las inscripciones en cuestión, encargada de proteger el documento y el edificio en caso de descomposición (prescripción) mediante bendiciones y maldiciones dirigidas a futuros dinastas. Cierra el trabajo la conclusión, seguida de una breve guía bibliográfica para cada capítulo, una bienvenida tabla cronológica con la lista de reyes asirios (indicando en negrita aquellos cuyas inscripciones de construcción se han conservado hasta el presente), y dos índices, el uno temático y el otro de los ilustrativos planos y dibujos que incluye el libro.

A simple vista, no cabe duda de que el lector podrá seguir con esta obra paso a paso “el relato de construcción en Asiria”, especialmente el lector al que va dedicado el libro: el *amateur*, como explica S. Lackenbacher en su introducción a la bibliografía (p. 197) o también el “arqueólogo, historiador de las técnicas o mentalidades o simplemente lector curioso” (p. 176) (recuérdese a este respecto que *Le roi bâtisseur* pretendía también ayudar a los “especialistas de otras disciplinas y arqueólogos poco familiarizados con las normas de la historiografía asiria” [p. 168]; consúltense las objeciones pertinentes de J.N. Postgate [ZA 74 (1984) pp. 297s.] o de K.H. Kessler [BiOr 41 (1984) p. 653]). En este sentido, creo oportuno advertir a tal lector de ciertos aspectos de la obra que, tanto por su presencia como por su ausencia, podrían en mi opinión formar una imagen confusa o, al menos, desorientadora acerca de las inscripciones de construcción asirias.

En primer lugar, cabe señalar que esta recomposición de *Le roi bâtisseur* no sólo reemprende el mismo camino sino que también toma prestadas frases y párrafos enteros (por ejemplo, “Il faut alors définir ...” en p. 18 [cf. p. 2 de *Le Roi bâtisseur*], “Le schéma de base ...” en p. 19s. [cf. p. 3], “A quelques exceptions près ...” en p. 21 [cf. p. 8], “La description des travaux ...” en p. 177 [cf. p. 169], “Cette aura ...” en p. 186 [cf. p. 173], etc). El problema no es tan grave si no fuera porque crea ciertas paradojas: “Ma documentation se compose ainsi d’environ cent quarante textes ou fragments de textes”, dice la autora en *Le Roi bâtisseur* p. 3; lo cual coincide con el número de textos que compone *Le palais sans rival*, “moins de cent cinquante” (p. 18), que, por definición, incluye además, y en particular, todas las inscripciones sargónidas (cf. a este mismo respecto las citas literalmente idénticas en las pp. 18s. de éste y la p. 7 de aquél).

Por otra parte, no me parece inútil, como opina la autora en la p. 197, consignar a cada traducción incluida en el libro la referencia del texto original (ya que a veces el *amateur* es más curioso que el especialista), más aún cuando se trata de un “aperçu ‘à la lettre’” (nótese que, paradójicamente, las traducciones de documentos administrativos sí van acompañadas de sus respectivas ediciones: LAS o SAA). Tampoco estoy de acuerdo con S. Lackenbacher cuando afirma que la obra de D. Luckenbill está algo pasada de moda: sus traducciones en *Ancient Records of Assyria and Babylonia* o en *The Annals of Sennacherib* representan todavía hoy las versiones estándar (eso sí, en inglés, como parece justificar ella misma en la p. 198); en cuanto al hecho de que “uno no se puede fiar de sus traducciones en los pasajes más delicados”, ello no debería constituir problema alguno ya que, en su libro, S. Lackenbacher ha “délibérément choisi de ne citer que les passages plus ou moins assurés” (p. 197). Por otro lado, si el problema aparente es el año de publicación, hubiera podido hacer uso, por ejemplo, de la obra reciente y enciclopédica de A.K. Grayson (ahora disponible también en los dos primeros volúmenes de *RIMA*) para identificar al menos aquellas inscripciones fechadas hasta Asurnasirpal II.

Pero lo que sin duda puede resultar más desorientador para el lector no especialista es la ausencia de contexto. En efecto, la exclusión deliberada y el aislamiento casi total del relato de construcción del resto de su entorno, tanto físico como textual (explica la autora en la introducción en la p. 18 que: “Ce livre ne porte que sur la partie de chaque texte qui concerne directement la construction”), hace que la interpretación de S. Lackenbacher deba ser leída con cierta cautela. El título mismo de la obra

no me parece, a este respecto, del todo adecuado. En primer lugar, si bien es cierto que los relatos de Senaquerib ocupan el primer plano del corpus citado, los monumentos cuya construcción (o restauración) es objeto de narración cubren una amplia gama de obras de arquitectura e ingeniería, tal y como la autora pone de manifiesto a lo largo de la obra y en las pp. 22s. en particular: desde templos y palacios, pasando por murallas, fosos, puertas y canales hasta ciudades enteras. En segundo lugar, la omisión del material arqueológico puede también desorientar al lector no sólo en relación con el título de la obra sino también en lo que se refiere al contenido del mismo pues ello cierra, a mi juicio, un importante acceso para la interpretación de tales inscripciones. (En este sentido, me permito referir para aquellos que buscasen una descripción e investigación del significado y función del palacio de Senaquerib apoyadas en la evidencia epigráfica y arqueológico-artística a la obra homónima de J.M. Russell, *Sennacherib's "Palace without Rival" at Nineveh*, Univ. Chicago Press 1991). Del mismo modo, el soporte del texto debe jugar, en mi opinión, un papel esencial en la interpretación del mismo; pienso que el *amateur* hubiera agradecido conocer qué inscripciones se encuentran incisas en un barril, prisma o tablilla de arcilla y cuáles grabadas en el torso de alguna estatua, en un obelisco o sobre el cuerpo de los toros-coloso o leones alados, lo cual permitiría a su vez distinguir entre una inscripción exhibida y un depósito de fundación. En lo concerniente al propio texto, no creo que deba insistir sobre el hecho de que el aislamiento inicial de la descripción de la construcción del resto del documento distorsiona de forma decisiva la imagen que el lector recibe de una inscripción real (hay que tener presente desde un principio que, por ejemplo, los así llamados "anales" asirios, donde constan largas descripciones de campañas militares, preceden en no pocas ocasiones a relatos de construcción). Como censor de este libro, me permito referir, una vez más en auxilio del *amateur*, a dos trabajos accesibles (ausentes en la bibliografía) que exponen de forma clara y detallada la tipología de estas inscripciones asirias y que ayudan, por tanto, a hacerse una idea del contenido completo de los documentos en cuestión: A.K. Grayson, *Or NS* 49 (1980) pp. 150-159 y J. Renger *RIA* 6 (1980-1983) pp. 71-76 (§ 11). Por otra parte, el capítulo 3 ("Moyens de l'élaboration") no conviene del todo, según el esquema inicial, con el contenido del texto, ya que, como admite la autora en la p. 71 (cf. también en p. 177), "ces textes ne font aucune allusion au problème des techniciens ou de la main-d'oeuvre"; son los textos administrativos, continúa en la p. 72 (e ilustra con claridad mediante ejemplos pertenecientes a la documentación epistolar), los que suplen tal información. Por último, uno echa en falta una referencia más explícita a los relatos de construcción e inscripciones reales de Babilonia; lo cual era de esperar tras afirmar la autora en *Le roi bâtisseur* (p. 2) que "un examen attentif des textes démontre en effet que ceux de l'époque sargonide se différencient nettement des textes antérieurs et que leur étude ne peut se faire sans celle de la tradition babylonienne".

Pero qué mejor sorpresa para el lector que la observación final de S. Lackenbacher tras hacer una pequeña recapitulación de su estudio: "Pourquoi donc", se pregunta en la p. 180, "le récit de construction est-il rarement, sinon jamais, le récit d'une construction?". La intención de estos relatos, concluye la autora, no es *describir* una imagen o un retrato vivo del edificio. En efecto, la narración de la construcción de monumentos, tanto la más escueta como la más detallada, se reduce a un cuerpo definido y, sin duda, limitado de fórmulas o estereotipos; los esquemas se repiten y en ocasiones (como el ejemplo citado en la p. 178 de los templos de Ištar en Uruk y en Nippur) los textos son completamente idénticos. Parece, pues, que el interés esté, en palabras de la autora (p. 178), "plus proche d'une composition littéraire que d'un compte rendu de la réalité". Esta acertada observación y el planteamiento final de la cuestión son propios de la reconocida capacidad de investigación de S. Lackenbacher (y aquí uno se pregunta de nuevo si el libro es pues fácilmente accesible para un *amateur*). Sin embargo, la solución ofrecida por la autora merece, por mi parte, cierto comentario.

Puede decirse que el acercamiento o la respuesta misma de S. Lackenbacher a la cuestión se halla en cierta medida resumido en el último párrafo del texto *abierto* de la contraportada. Permítaseme,

pues, citarlo literalmente: "Dans la mesure où le monument est moins important que le texte qui le commémore, on peut se demander quelle est la valeur de son apparence et surtout ce que l'on veut transmettre à la postérité par l'écriture: l'idée l'emporte sur la réalité fugitive. Tout cela n'est pas sans conséquences sur la façon d'apprécier dans le cas assyrien ce que dans une perspective occidentale on appellerait l'oeuvre d'art." El problema de este planteamiento radica, a mi modo de ver, en el enfoque; como admite paradójicamente la propia autora, la perspectiva es claramente occidental y se aleja, pues, por principio de la realidad propiamente mesopotámica. No sólo el concepto de "obra de arte" sino también el de una "realidad fugaz" o la idea del *monumentum exegiaere perennius* pertenecen todos ellos a la mentalidad de Occidente y, por tanto, no son adecuadamente aplicables al mundo antiguo oriental. En este sentido, la premisa inicial de que "l'oeuvre écrite a donc plus de valeur que l'oeuvre construite" debido a que "elle a beaucoup plus de chances de survivre" (pp. 175s.) es discutible. Es sin duda el documento inscrito el que ha conservado, hasta hoy, la mejor (pero no única) memoria de los distintos monumentos (aquí se echa en falta la referida evidencia arqueológica); y no es menos cierto que los monarcas asirios (como los babilonios o sumerios) se preocupaban, como describe la "fórmula final", de que sus edificios fueran restaurados por sus sucesores en el caso habitual de su deterioro. No obstante, me parece difícil imaginar, desde una perspectiva contemporánea a tales construcciones, que el recién instaurado "palacio sin rival" de Senaquerib en Nínive, el templo recién restaurado de Asur en Asur por Asarhaddon o la nueva capital de Tukulti-Ninurta I como la de Sargón II fueran considerados como "realidades fugaces" y tuvieran de hecho menos valor que la inscripción en el cono de fundación escondido bajo el suelo del templo o en la estela exhibida en una sala del palacio. No creo, como opina la autora (en la p. 183), que fuera más importante "el hecho de haber construido y de hacerlo conocer" que el objeto construido. La memoria como medio de supervivencia del individuo a lo largo del tiempo infinito es, insisto, una idea más propia del mundo "occidental" que del pasado mesopotámico. Así pues, ¿cuál era el propósito de los relatos de construcción o, más concretamente, de las inscripciones reales no sólo asirias sino mesopotámicas en general? Tratar de resolver una de las cuestiones más complejas (y, paradójicamente, menos debatidas) en asiriología va más allá del marco de estudio de esta recensión. Sin embargo, juzgo oportuno avanzar alguna de las premisas elementales en favor del lector más o menos especializado.

Para interpretar nociones o ideas de civilizaciones antiguas, el historiador sabe bien que no hay mejor método que intentar situarse bajo la perspectiva del mundo implicado. En este sentido, el conocimiento de las fuentes permite sin lugar a dudas iniciarse en tal empresa, en particular en lo que concierne precisamente al ámbito de las ideas. La pregunta que debe plantearse es, pues, si los relatos de construcción, en este caso asirios, contienen información que pueda arrojar cierta luz sobre el propósito mismo de su redacción. Si acudimos al índice de la obra de S. Lackenbacher, el capítulo sobre el "contexto de la elaboración" incluye la fórmula de "lo que el rey pide a cambio" de su obra. La autora no parece darse verdadera cuenta del significado de su frase: se trata, de hecho, de la declaración propia del monarca constructor acerca del motivo de su construcción o restauración. La fórmula, atestiguada por otra parte desde las inscripciones reales más antiguas sumerias, expresa el carácter votivo del texto: "para su (del rey constructor) vida" (en sumerio: *nam.ti.la.ni.šè*, en acadio: *ana balāṭišu*). El propósito de la construcción (expresado claramente por la posposición de caso sumeria y la preposición acadia) es pues la vida, entendida en su significado de "larga vida" o "salud", del monarca así como la de su familia, la de su ciudad o la de su reino (cf. pp. 47ss. y el elocuente ejemplo citado en la p. 50 de la inscripción de Asarhaddon relativa a la restauración del templo de Asur). El mensaje está obviamente dirigido a la(s) divinidad(es) tutelar(es) del rey, responsable(s) de fijarle un "buen destino". En este punto (p. 48) se pregunta la autora con acierto (como se preguntaba también en *Le roi bâtisseur* p. 72) "dans quelle mesure on pouvait agir par ses oeuvres sur la volonté divine". Desafortunadamente, no ofrece respuesta ni tampoco desarrolla el tema de estudio. La importancia no reside



en el modelo o la forma de la fórmula (“qui n’a jamais rien de très original”) sino en el contenido: el rey dedica el monumento en calidad de ex-voto. La plegaria a la divinidad por el bienestar no sólo de la familia real sino también del reino, explica asimismo en cierto sentido los relatos detallados y abundantes de las victoriosas campañas militares del rey en el mismo texto. Éstas forman sin duda parte del agraciado destino asignado por los dioses. El aspecto del *do ut des* de la religión mesopotámica en estos documentos sugiere, por consiguiente, interpretar el edificio construido como objeto votivo y la inscripción como la plegaria escrita (recuérdese que S. Lackenbacher comparaba el texto a una composición literaria). Esta interpretación se encuentra desarrollada y detallada en el artículo de G. van Driel en *JAOS* 93 (1973) 67-74 (recensión de la obra de R.S. Ellis, *Foundation Deposits in Ancient Mesopotamia*, New Haven and London 1968). Pero no es solamente la fórmula de “lo que pide el rey a cambio” la que refleja el propósito de una construcción; las bendiciones y maldiciones de la omnipresente “fórmula final” son de hecho invocaciones a la acción divina y ponen una vez más de manifiesto el significado de una (re)construcción. Son en efecto los dioses los que se encargan de beneficiar o damnificar a los dinastas según su comportamiento para con los monumentos e inscripciones (votivos) de sus predecesores. La bendición consiste explícita y literalmente en “escuchar sus plegarias” y, así, otorgar larga vida y prosperidad al monarca, a su familia y a su país (pp. 166s.) mientras que la maldición se basa en la destrucción del nombre del rey, la aniquilación de su descendencia, su derrota en la batalla así como la miseria del país mediante epidemias y catástrofes (pp. 167ss.). En este sentido, edificar (o restaurar) e inscribir el relato de sus hazañas como un medio de supervivencia, como concluye S. Lackenbacher en la p. 192, no refleja con claridad la realidad asiria (o mesopotámica en general). El rey mesopotámico no pretendía conservar su memoria y sus hazañas a través del tiempo hasta hacerlas registrar con éxito en los manuales de asiriología. Sus construcciones fueron dedicadas en su tiempo a sus dioses para proteger y así disfrutar su propia vida, la de su entorno y, claro está, la de su reino. Vencer en la batalla, obtener abundantes y regulares cosechas, vivir largos años y procrear una descendencia igualmente sana y fuerte, éstos eran los principios de supervivencia en el pasado mesopotámico.

I. Márquez Rowe